

## LOS TEXTOS HISTORICOS

Discurso pronunciado por Julio Arboleda en la sesión del 1º de abril de 1855 del Congreso, para dar posesión de la presidencia al doctor Manuel María Mallarino.

Señor presidente:

Habéis prometido servir a la república. Dios y el honor acaban de ser invocados por vos como testigos de este acto solemne. Yo no disimulo, ni quiero disimularos, lo difícil de las circunstancias, ni la enormidad del peso con que graváis vuestros hombros; y a nombre de esta augusta asamblea, que tengo el alto honor de presidir, y que representa dignamente a la nación granadina, acepto a un tiempo el sacrificio del hombre y el juramento del magistrado.

Espero, porque os conozco, que vuestras fuerzas sean adecuadas a la carga, y felicito a la Nueva Granada, que se entrega en vuestras manos como una virgen a quien el piloto inexperto entregó a las ondas, y logra ganar la playa, maltratada pero pura, herida y exhausta, pero más digna e interesante en el traje de la desgracia que en las galas de la prosperidad.

De esta joya de nuestro continente os hace depositario, más que el sufragio nacional, la Providencia, que os ha traído como por la mano, de acontecimiento en acontecimiento poniendo los crímenes, la guerra, los errores del magistrado, el heroísmo de los ciudadanos, el celo de los representantes y la prudencia del senado, a abrir y allanar el camino por donde habéis pasado de la vida privada al solio: al solio vacante hoy por la desconfianza del pueblo cuyo brazo le alcanza también cuando sospecha que su púrpura cubre a los enemigos de libertad.

¡Raras vicisitudes las del mundo, señor presidente! Pocas vueltas ha dado el sol desde el día triste en que, desterrados y afligidos, nos apretábamos las manos, y suspirábamos por las

playas verdes de la Nueva Granada, tendidos ambos y cavilando sobre los arenales tostados y estériles de un país extraño. Hoy me toca a mí presidir la primera y más respetable corporación de mi patria, y señalaros a vos, vacía, para que subáis a ocuparla, la silla de la primera magistratura... Pero que no os alucine este relámpago de dicha (si dicha puede llamarse) que en esta nación valiente y orgullosa, tan fácil es pasar del destierro al solio, como del solio a la barra del senado.

La fortuna ha hecho girar su rueda caprichosa con una rapidez sorprendente, como para lo efímero, acá en la tierra, de los triunfos, de la vanagloria, y hasta de la misma desgracia, y para enseñaros que, si son indignos de un ánimo elevado el abatimiento y la humillación en los tiempos adversos, no lo son menos el orgullo y la injusticia en las épocas breves y excepcionales de nuestra prosperidad.

No nos engañemos, pues: que poco hay estable en el mundo: los acontecimientos de hoy ahogan a los de ayer, como los tumbos atropellados del mar borran la estela de la nave que surca las ondas. Los actos del justo son sólo eternos, porque cuando la memoria y la gratitud de los hombres les niegan su asilo, la Divinidad los acoge, los guarda y conserva. Sed, pues, justo ante todas las cosas: recordad que es mayor el mérito de serlo con los enemigos que con los amigos, para que cumpláis mejor con el precepto impuesto por la Providencia a aquéllos que elige, no para jefes caprichosos, sino para servidores fieles y solícitos de sus pueblos; y por último, no aspiréis tanto a obtener los aplausos del vulgo, como a merecer los elogios de los sabios.

Ha sido y es en efecto demasiado común en nuestra América cortejar la popularidad, aun a costa de la justicia; preferir los ¡*evoés!* tumultuarios gritados para Nerón por la muchedumbre, a los elogios sombríos tributados a Trajano por la filosofía; pero aquella popularidad efímera que se adquiere con lisonjear las pasiones y dejar impunes los delitos, es, en el hombre público una prerrogativa tan estéril como degradante; —edificio sin base, que se desmorona y cae tan pronto como la arena movediza sobre que fue construído es empujada por el primer viento; rótulo de gloria escrito sobre pizarra frágil, que borra y hace olvidar el contacto casual de cualquier objeto liviano—; planta, en fin, de vanidad, que si puede dar algún mo-

mento de satisfacción incompleta, no deja por toda cosecha sino amargo zumo y espinas.

Nerón fue por algún tiempo el ídolo del vulgo a quien adulaba y divertía, porque conocía su inferioridad; y el terror de los sabios y de los justos, cuyo mérito le estremecía como un implacable remordimiento: nadie fue quizá más popular entre la plebe de Roma; pero, entre los tiranos, es decir, entre los enemigos de la ciencia y de la propiedad (que es lo que constituye al tirano, porque la tiranía es la envidia erigida en autoridad); entre los tiranos, nadie ha logrado dejar un nombre más incontestablemente execrado en todos los climas y por todas las generaciones. Tales son las consecuencias de aquel remedo de popularidad que nace, no de un gran bien ejecutado, sino del egoísmo infame que excita las pasiones malévolas del vulgo ignorante, y sacrifica a unos pocos vivas y aplausos pasajeros, la dicha de todo un pueblo y la honra, en el porvenir, hasta del propio nombre.

Sí, señor vicepresidente: un bien, por pequeño que sea, ejecutado con energía y constancia imperturbables, tiene siempre su mérito a los ojos de la humanidad; pero el oropel de la falsa gloria, ganado con la excitación y el desenfreno de las pasiones, por seductor que parezca a los ojos de los necios, no produce sino infamia a los que le buscan y aceptan y dolor para los pueblos que, por desgracia, se entregan a aquellos monstruos de estupidez y depravación.

El respeto por la virtud, la ciencia, y la propiedad, y el odio cordial y sincero del vicio, son los caracteres que distinguen los ánimos verdaderamente ilustrados y liberales. El cultivo y desarrollo de la propiedad, la ciencia y la virtud, fuentes puras e inagotables de felicidad para el hombre, tomado individual y colectivamente, ese cultivo, digo, es el cimiento en que han de basar el edificio de su gloria los magistrados inteligentes; y no con promesas estériles y vanos discursos, sino con hechos palpables y resultados sensibles.

En este siglo y en este país, donde hemos sufrido tantos y tan caros desengaños, hemos llegado a desconfiar con razón sobrada de los vocablos de moda: ya temblamos casi al sonido, antes grato y armonioso, de la palabra LIBERTAD. Esta voz mágica, cuyo significado real es el imperio completo de la segu-

ridad, basado en el cumplimiento de leyes claras y fijas, cuyo influjo bienhechor se sienta desde la choza del labriego hasta el palacio del poderoso; esta voz consoladora ha sido más de una vez invocada entre nosotros, como la divinidad del exterminio, para poner la república a saco, entregando el honor y la propiedad de las familias a muchedumbres desenfrenadas, y erigiendo —sí, señor, es preciso decirlo— erigiendo el vicio y el crimen en cualidades que daban derecho a la magistratura... ¿Cómo no hemos de estremecernos ¡oh santa libertad! al escuchar tu nombre? Has sido profanada por labios tan impuros, has servido de pasaporte a hombres tan bajos y tan viles, has convertido tantos jardines en yermos, tantos edificios en escombros, has hecho derramar tanta sangre y tan inocente, que cuando oímos a alguno que te invoca, nos empinamos naturalmente para columbrar la dictadura, que viene de seguro atrás del pregonero con su inevitable cortejo de crímenes, de violencias y calamidades!

Todo anda trocado entre nosotros: el desorden ha pasado del mundo físico al mundo moral. La extraña confusión que se nota en el uso de las voces más conocidas, no es sino la consecuencia indispensable de la confusión en las ideas. Llámase libertad la ausencia de la seguridad; el sosiego interno, fuente fecunda y pura de industria y de riqueza, se apellida retroceso; el castigo legal de los delitos, que pone a salvo la vida y la propiedad de los granadinos, se califica de humanidad; y argúyese de progreso la anarquía de la conciencia, de la legislación y de la familia. Y siempre están las palabras en contradicción con los hechos; y los labios son siempre disfraz para el corazón.

Pero ya lo he dicho: la nación entera está hastiada con las palabras y busca resultados. En vano ostentará el magistrado su liberalidad con frases galanas de mentida filantropía; que si deja atacar nuestra persona, o violar nuestra propiedad, o destruir nuestras escuelas y universidades; si permite que el honor de nuestras esposas y nuestras hijas esté a la disposición de forajidos estúpidos; si perdona, o no persigue, a los delinquentes; por más que hable y arguya, diremos, que su liberalidad es la cosa más idéntica que hay en el mundo a la tiranía, y nos darán fuertes y justas tentaciones de cambiar nuestra libertad bastarda e insoportable, por cualquiera especie de servidumbre menos onerosa y degradante.

Ni se empeñen los gobernantes en persuadirnos de que estiman y respetan la virtud; pues si buscan asesinos para directores de la fuerza pública; o adúlteros para encargarles funciones de gobierno y policía; o ladrones y jugadores para que administren los caudales de la nación, por más que discurran, protesten y juren, antes merecerán el título de jefes de bandoleros, que el de magistrados legales de una nación cristiana y civilizada.

Ni pretendan engañarnos con protestas de equidad y justicia; pues si en lugar de buscar el mérito y la aptitud para que sirvan a la república, corren en pos de los que adulan hoy, o de los que les dieron un voto ayer, para premiarlos con los tesoros del estado, diremos que esos magistrados infieles se quieren más a sí mismos que a la nación; y lejos de apreciar sus frases mentirosas, detestaremos a un tiempo en ellos, la corrupción que hace el mal y la hipocresía que le disfraza.

No quiera, en fin, persuadirnos de que ama a su patria el hombre que, en lugar de conservar paz y armonía con sus vecinos, entra, prevalido de su posición o de su influjo, en proyectos ambiciosos, que siembren la desconfianza entre los pueblos limítrofes y engendren la guerra, y arruinen la sociedad; que el honor sólo es preferible a la paz, y un hombre semejante no será, ni podrá ser jamás, el bienhechor, sino el azote del pueblo que haya tenido la desgracia de escucharle.

Hé aquí un resumen general de mis deseos:

1º. Sosiego interno, basado en la rígida observancia de las leyes, en el respeto escrupuloso de la propiedad, y en el castigo pronto e inexorable de los delincuentes;

2º. Paz con nuestros vecinos, fundada en la justicia de nuestros procedimientos, y en el respeto perfecto de su propiedad, a exigir el cual tienen tanto derecho las naciones como los individuos;

3º. Exclusión de las personas de malas costumbres de todos los puestos públicos, sea cual fuere el color político a que pertenezcan, y llamamiento a los mismos puestos de los hombres de bien de todos los partidos que tengan aptitudes para desempeñarlos.

No me detendré, porque sería cansado e importuno, en la explicación de pormenores.

Las tres grandes facciones de este programa se reducen a asegurar, por una parte, la paz en el exterior y el sosiego en el interior para fomentar la industria existente, y atraer nuevos capitales al país; y, por otra parte, a llamar todas las virtudes y todas las inteligencias al servicio de la república.

Impedir que una sensibilidad bastarda, el temor pueril, el cálculo egoísta, dejen impunes a los victimarios sin hacer caso de las víctimas; hacer lo posible para que la sociedad no se precipite en nuevos y funestos desórdenes que la degraden y aniquilen, nos obliga a ser severos con los delincuentes. La certidumbre del castigo legal salva a los pueblos: la esperanza de la impunidad perjudica a los mismos criminales. Ella cierra las puertas del castigo, abre las del delito.

El magistrado que no escarmienta a los malhechores teme o espera algo de ellos. En el primer caso es débil y merece el desprecio; en el segundo es, ha sido o quiere ser, cómplice del delito, y merece el odio de la nación cuyas esperanzas burla y cuya dignidad ofende.

Tratar de que el gobierno, cuyo ejemplo es tanto más conspicuo, no premie jamás las malas costumbres, llamando a los puestos públicos a hombres de dudosa o mala reputación, es otro de los importantes objetos que debemos tener en mira.

No sé si me engañe el natural afecto que tiene el hombre al país de su nacimiento; pero me parece que el dedo del destino señala a la Nueva Granada una carrera larga, próspera y brillante: con su admirable posición central en medio de dos océanos inmensos que conducen al oriente el uno, y al occidente el otro; con sus costas curvas, y ricas de bahías sobre ambos mares; con sus selvas seculares y pródigas en maderas de construcción; con sus deltas entrelazados sobre una extensión inmensa de la costa del Pacífico; con sus ríos largos y mansos, y con la riqueza y fertilidad fabulosa de su suelo, el ingenio e indisputable valor de sus hijos pacientes y gallardos, la harían grande por las armas, si este fuese el siglo de la guerra. Pero este tiempo ha pasado ya. La humanidad entera se encamina a la paz. El aspecto de nuestro sosiego, la fama de nuestra libertad y ventura, el ruido de las conquistas pacíficas que hagamos en el campo de la industria, del comercio y de las ciencias, contribuirán más eficazmente al engrandecimiento de la república

que la intervención quijotesca en los negocios de nuestros vecinos. Dejemos que se gobiernen como quieran: están en su derecho. No concitemos los odios, asegurémonos en cuanto podamos el afecto y respeto de las demás naciones y gobiernos del continente...

La humanidad entera, decía, se encamina a la paz: los medios de locomoción se multiplican y facilitan: las distancias se acortan: la correspondencia y las relaciones entre los pueblos diversos se aumentan y aceleran en progresión asombrosa: las lenguas mismas, después de haberse dado la mano por medio de las conquistas en las ciencias, que tienen un lenguaje común, tienden a confundirse, gracias a las exigentes necesidades del comercio, prestándose palabras, modismos, frases enteras. Bajo de este punto de vista la América va adelante de los demás continentes. Nuestra lengua sonora y majestuosa ha penetrado hasta el corazón de la gran república del Norte, y el inglés lacónico y expresivo ya no es extraño ni en las mesas altas de nuestros Andes: el idioma del Brasil y el nuestro son tan semejantes, que hay pocos españoles que no puedan leer a Camoens y pocos portugueses que no entiendan a Garcilaso.

El movimiento activo del mundo, la facilidad creciente de las comunicaciones, la economía de los transportes, tienden, ora a equilibrar los jornales, entre los individuos de una misma nación y hacer entre ellos una distribución más igual de la riqueza; ora a balancear las ganancias de las industrias especiales de los pueblos, haciendo más eficaces y más útiles para todos, los poderes productivos de las diversas porciones de la tierra, e introduciendo con la rapidez de los cambios, una división más completa en las operaciones de la industria; no ya entre los individuos solamente, sino entre las naciones, que al fin vendrán a quedar en completa dependencia las unas de las otras, y abolir la guerra, en toda la extensión del globo que habitamos, como bárbara y contraria a las leyes que arreglan y conservan nuestro bienestar y nuestra existencia.

La Providencia, siempre feliz en sus operaciones, mientras los gobiernos y los sabios de la tierra disputaban sobre los medios más eficaces de contener los progresos de la población y de la mendicidad, permite en su sabiduría, que se descubran nuevos y sorprendentes medios de locomoción, y después de haber preparado así el camino, abre a los ojos atónitos de Europa las

entrañas de la tierra, que ocultaban el oro de California y Australia, y llama fácilmente hacia aquellas regiones desiertas, la población exuberante que afligía y desafiaba las inteligencias de los más insignes economistas. El Pacífico, antes solitario, se puebla de velas, y una considerable porción de linaje humano, dejando en un extremo del mundo, con sus parientes, su religión y su lengua, un eslabón de la cadena destinada a unir la humanidad, se lanza a los mares, y los cruza en triunfo, transportando el otro eslabón a la remota Polinesia. Y ¡oh admirable concatenación de la industria humana, cuyos efectos benéficos se sienten, ya de uno, ya de otro modo, en las regiones del globo al parecer más diferentes y apartadas! Apenas se descubren los ricos depósitos de oro en California y Australia, cuando todos los marineros sienten crecer su capital; y todos los armadores se hallan más ricos que antes; y los carpinteros de ribera hacen fortuna; y los dueños de maderas en Noruega, y los de cáñamo en Rusia y Polonia, y los de trigo en el extremo sur de nuestra América, y los de hierro en Suecia, y los de té en China, y millares y millares más, todos sienten su situación benéfica afectada por el nuevo capital que viene a animar la industria, y a aumentar el cúmulo de la propiedad en el mundo. Y no es ésta ni aquélla, ni la otra región la sola beneficiada, que todas lo son en algún grado, por el flujo o el reflujo de la riqueza nueva, que se extiende por la tierra buscando la ganancia, como buscan los líquidos su nivel por una ley física tan cierta como irresistible.

Entre tanto los habitantes de nuestros valles del Pacífico, sin saber lo que está pasando en el mundo, continúan entregados, unos al ocio, otros a los frecuentes y sangrientos simulacros de la guerra; y aquéllos al despertar de su natural indolencia, éstos, al dar treguas a su bárbara tarea, se encuentran con un capital doble del que poseían sin saber cómo ni por qué. El maná les llueve del cielo como en otro tiempo al pueblo hebreo, mientras ellos murmuran y se rebelan contra las leyes de su Dios; y cuando talan las sementeras, insultan las hijas e incendian las casas de sus inofensivos vecinos, llevados del furor que inspiran nuevas y absurdas doctrinas; cuando reniegan de los preceptos de amor y de caridad impuestos por el Cristo a la raza humana; la Providencia les revela, por medio de hechos claros y elocuentes, lo torpe y nocivo de la envidia, y lo conveniente que es para el hombre desear y promover, para su bien

propio, la dicha de sus hermanos, por remotas y separadas que estén las regiones que habiten, y por incomprensible que parezca a primera vista la benéfica acción que ejerce la prosperidad ajena sobre nuestra prosperidad.

California llama a nuestras provincias del Istmo una población considerable: las nuevas necesidades del tráfico exigen un costoso camino de hierro; el camino exige obreros y los obreros y la población fija y transeúnte artículos abundantes de su existencia. Entonces Chiriquí halla, sin salir del Istmo, mercado ventajoso y cercano para efectos que antes enviaba al Chocó. El Cauca, libre de competencia, se apodera exclusivamente de este mercado y provee de víveres a nuestros mineros del Pacífico. Los precios de varios productos pecuniarios y agrícolas suben considerablemente. Así, los nuevos capitales de California, la riqueza del mundo que crece, viene a aumentar la de muchos hombres que están ciegos de furor en su propia tierra, destruyendo la riqueza, y rebelándose contra la propiedad. Las mismas causas obran fenómenos igualmente benéficos en todo nuestro territorio. El aumento de la riqueza en el mundo, aumenta el consumo de artículos que antes no estaban al alcance sino de unos pocos, y nuestro excelente tabaco halla amplia salida: la necesidad de cultivarle en mayor escala alza los precios de los jornales de nuestros labriegos: el alza de los jornales les da nuevos medios, y los nuevos medios el deseo de satisfacer nuevas necesidades: los precios de infinitos efectos, propiedad o producto de otras personas, suben en proporción. Y... ¿pero qué imaginación bastará para trazar y seguir en su curso intrincado y vario los hilos de la industria, que se extienden sobre la tierra como una red inmensa de alambres eléctricos, de tal modo alzados y comunicados, que no es dable tocar uno de ellos sin que el mal o el bien, la pérdida o la ganancia, se hagan sentir más o menos intensamente en todos los ángulos de la tierra?

¡Oh! cuando se piensa detenidamente en estos fenómenos; cuando se ve y se palpa que no hay riqueza, ni ciencia, ni descubrimiento, que no aumente en algo la felicidad de todos los habitantes del globo; entonces se comprende aquella fraternidad que Dios ha querido que haya entre los hombres, fundada y sostenida por el interés mutuo, hija de la industria que produce, del comercio que cambia, de la virtud que ama y fomenta; entonces se conoce cuán torpe es la envidia, cuán contrario a nues-

tro bien el odio del bien ajeno, cuán perjudicial para nuestra dicha el pesar de la ajena felicidad!

Y yo, señor, mientras más metido en estas cuestiones, y mientras más me penetro de la dificultad de dar a todas las criaturas racionales la inteligencia e instrucción suficientes para que comprendan y aprecien la portentosa sabiduría de las leyes del cristianismo, más y más me convenzo de la necesidad de la fe. Esta es la virtud que ha civilizado al mundo. Si Jesucristo hubiera explicado los pasmosos resultados de su doctrina, no habría habido un solo sabio en su tiempo capaz de entender su extraño lenguaje. El solo podía ver, en aquellas épocas bárbaras, a través de las tinieblas del largo futuro lo que muy pocos alcanzan a ver aún ahora, cuando sus preceptos han estado por diez y nueve siglos modificando y mejorando el género humano. Cuando El dijo tened fe como un grano de mostaza y haréis imposibles, impuso a la limitada inteligencia del hombre la virtud única que, garantizando la observancia de sus mandatos, pudiese conducirlo al término (oscuro todavía para nosotros) de sus altos e incomprensibles destinos.

Yo no puedo concebir la prosperidad de un pueblo republicano, de un pueblo cuyos ciudadanos tengan todos parte en el gobierno, si esos ciudadanos no son irresistiblemente impelidos a la justicia por los preceptos de la fe.

Pocas palabras más y habré concluído.

La aflicción que ha sufrido la república a consecuencia del crimen de abril, puede ser útil para ella. Ese crimen separó la cizaña del trigo que andaban confundidos. La sangre de todos los buenos ha corrido mezclada, bajo el mismo glorioso estandarte, en nuestras calles y nuestros campos: cada partido coronó y ofreció reverente su víctima en el común holocausto presentado al Dios de la concordia como expiación de sus antiguos errores y extravíos... Por esa sangre noble y preciosa, conjuremos a los granadinos a deponer sus resentimientos en las aras de la justicia y de la gloria nacional!

Sin embargo, puede ser, señor Vicepresidente, que a pesar de la crisis favorable que ha sufrido la república, después de largos y convulsivos delirios, vuelva a aparecer en el cuerpo político la fiebre que casi la ha aniquilado. No faltan entre nosotros ambiciosos vulgares a quienes, no pueda agradar la

paz y el sosiego porque son incompatibles con su existencia tempestuosa. Ellos espían el desorden, como aquellas aves marinas que aguardan que la borrasca turbe y encrespe las olas para buscar su sustento. Puede ser que seáis sorprendido cuando menos lo esperéis. El arte de conspirar no es desconocido, por desgracia, entre nosotros. Si así sucediere, contad con los hombres de bien: todos tienen probado que saben vencer por la ley y con la ley. Mas si tuvieréis que elegir entre el honor y la muerte, recordad la confianza que el pueblo más libre de Sur América ha hecho de vos: mostradle que, en la Nueva Granada, los magistrados que no pueden gobernar, saben por lo menos morir; dejad que vuestros amigos derramemos lágrimas porque perdisteis la vida, pero no porque perdisteis la honra, y si no podéis darnos paz, dejadnos siquiera honra y ejemplo.